

La India ha quedado ensimismada en la observación de los hábitos y esa es una de las causas que han preservado las castas a lo largo de dos siglos de colonialismo y más de tres de modernidad. Lo explica de un modo admirable Agustín Pániker.

pureza o poder

Juan Arnau
Filósofo y escritor

>>>

■ Lo primero que habría que decir de este libro es que es fruto de una década de investigación y pesa un kilo. Contiene una cantidad ingente de datos, apreciaciones, matizaciones y erudición en torno a un tema tan peliagudo como el de las castas. Lo segundo que, como todos los libros de Agustín Pániker (Barcelona, 1959) es ágil y dinámico, se lee bien y con gusto, y si se dispone de tiempo, puede hasta saborearse. Lo tercero que hay que decir es gracias. Gracias al celo de un investigador independiente que nos deja una obra de altura sociológica y antropológica que este país, vistas las cosas, no parece merecer.

Agustín Pániker, hijo del filósofo Salvador Pániker y director de la editorial Kairós (un sello singular, con un catálogo desigual pero imprescindible en el panorama actual), se define como amante de la escritura, la música y los viajes. Alguna vez le he oído decir que es un mediterráneo que añora la India. A partir de

esa nostalgia ha forjado, por libre, una carrera investigadora cuyos frutos ha ido desgranando en los últimos años. Con libros inteligentes, amenos y bien documentados como *El jainismo* (2001) o *Los sikhs* (2007) y con ensayos como *Índika* (2005), donde, desde una sensibilidad poscolonial y pluralista, se esfuerza por mostrar que existen otras formas de ver, estar y entender el mundo. El libro que ahora nos trae se sitúa también en la línea poscolonial, con un estilo híbrido, transversal y multidisciplinar, abierto a una pluralidad de enfoques y que recela de las grandes narrativas e ideologías. Un mestizaje intelectual que evita el posicionamiento filosófico y que en ocasiones recuerda a los antiguos vitandines de la India (como Nagarjuna) que sostenían no mantener ninguna opinión.

Quizá esa postura sea el efecto de haber interiorizado la querrela entre historiadores y antropólogos que tuvo lugar en el pasado siglo. Por un lado, los antropólogos creen demasiado lo que los locales les cuentan. Narraciones a veces trufadas de cuentas pendientes, aspiraciones frustradas o autoengaños. Por el otro, los historiadores creen a pies juntillas lo que dicen los manuscritos y restos arqueológicos, como si lo escrito en una piedra o en hojas de palma tuviera que ser cierto, como si la visión de las elites fuera una visión cabal de la sociedad en que vivían. ¿Por qué creer lo que dice un monolito erigido por el emperador de turno? Unos ofrecen la visión fantaseada de los dominados, los otros el ideal no menos fantástico de los dominadores. Las *Stories from below* de la nueva antropología frente a la Historia mayúscula y catedralicia. En esa polaridad, como señala Pániker, gravitan las investigaciones sobre las castas.

En la India la idea de una jerarquía en los seres deriva directamente del concepto de karma. Desde la perspectiva kármica los hombres no nacen ni iguales ni libres. Vienen al mundo con toda una serie de disposiciones e inclinaciones y ciertas destrezas para realizar determinadas actividades. No todos pueden ser filósofos o músicos, como tampoco todos pueden ser curtidores o barberos. Podrían serlo si se empeñaran, pero serían desgraciados y no lograrían realizar bien sus oficios. Dicho condicionamiento natural tiene una larga historia. La división del trabajo, que como Pániker muestra no es ya tan importante en la configuración de las castas como lo fue antaño, ha contribuido a ello durante más de dos milenios.

Para la ideología dominante esa jerarquía siempre ha estado asociada a la pureza. Lo puro, lo que no está mezclado, ha fascinado la inteligencia brahmánica desde que el mundo es mundo. Para el pensamiento filosófico occidental la idea es seminal

LA SOCIEDAD
DE CASTAS.
RELIGIÓN Y
POLÍTICA EN LA INDIA

Agustín Pániker

KAIRÓS, BARCELONA, 2015.
728 PÁGS. 20 €

y se remonta al *nous* puro de Anaxágoras, el Acto puro de Aristóteles y, ya en la modernidad, a la *razón pura* (esa que se somete a crítica) kantiana. Lo puro fue prestigioso tanto en la India como en Grecia, pero hoy tiene mala fama. Se prefiere lo híbrido, lo mestizo. Lo puro es antiguo: en la vida, el niño; en el mito, la pureza original; y la evolución cósmica, el hidrógeno. El magnetismo de lo puro decanta sueños y pesadillas, desde la ciencia pura de los pitagóricos a las vírgenes del cielo islámico o la raza aria. Y, lógicamente, la adoración de lo puro es indicio de cierta corrupción, de cierta inocencia perdida, de nostalgia convertida en altar.

Los órdenes de pureza en la India son interminables. Cualquiera que haya presenciado la escrupulosa observación de la pureza ceremonial de un ritual brahmánico lo sabe. Y no sólo en los rituales, también en la dieta. Hay alimentos oscuros, como la carne y el alcohol, que ofuscan la mente, alimentos inquietantes, como el ajo y el chile, cuya energía perturba la serenidad, y alimentos luminosos, como frutas, verduras y legumbres, cuya pureza resulta indispensable para fines soteriológicos. Pero aunque las verduras sean más puras que la carne, ahí no acaban las distinciones. Las legumbres se consideran más puras que los tubérculos, lo cocinado con *ghi* es preferible a lo hervido. El cordero es más puro que el pollo o el cerdo, y estos más puros que el buey. La muchacha es pura hasta la primera menstruación, momento en el cual deja de ser pura para convertirse en auspiciosa. Distinción tras distinción, la sociedad india ha quedado ensimismada en la observación de los hábitos y ese ensimismamiento es precisamente una de las causas que han preservado las castas a lo largo de dos siglos de colonialismo y más de tres de modernidad.

El volumen analiza minuciosamente cada uno de los factores que configuran la casta: (1) Las reglas matrimoniales de tendencia endogámica, el más sólido y persistente de ellos, entretelado por el género, la herencia y la patriarquía. (2) La ocupación tradicional (hay castas de médicos, bardos, escribas, sacerdotes, barberos o ganaderos), más teórica que factual, y que disminuye en importancia cada día.

(3) Los rasgos culturales: divinidades, ritos, templos, mitos, modos de vestir, reglas de comensalidad y dietas específicas que hacen de cada casta un grupo étnico y una comunidad cultural diferenciada. Pániker insiste en que este aspecto, la etnicización de la casta, es hoy más decisivo que la jerarquía, poniendo en valor un principio de diferenciación de la que quizá sea la sociedad más plural que haya existido nunca y, al mismo tiempo, la más laberíntica. De ahí que el autor prefiera hablar de sociedad de castas antes que de sistema de castas, pues no hay una jerarquía definida en todo el sistema. Ello se debe fundamentalmente a que la casta es un fenómeno local y contextual: «Una casta es un universo de relaciones sociales y rasgos culturales siempre confinado a una aldea o comarca. Salvo las gigantescas macrocastas, la mayoría de ellas son específicas de una región. Por ende, las jerarquías son asimismo regionales. Sólo en referencia a otras castas de la localidad puede percibirse el estatus».

El libro aborda con claridad y brillantez el laberinto inacabable de las castas, y lo hace sin dejarse arrastrar por los ideales de igualitarismo, economicismo e individualismo imperantes en las sociedades tecnológicas modernas. Pániker se mantiene ágilmente en la cuerda floja entre el eurocentrismo y el indocentrismo, entre los conceptos burgueses de igualdad y libertad (y los poscoloniales de agencia y género) y los valores índicos de espiritualidad y karma. Y, lo más decisivo, evita en todo momento el juicio moral sobre la casta, mostrando que puede ser tanto una forma de opresión, como una fuerza de transformación social.

Respecto a esto último especialmente interesantes son los capítulos dedicados a los confinados en los márgenes del sistema: intocables (chandalas, dalits, harijans), adivasis (tribales), y castas no hindúes (jainistas, sikhs, cristianas, judías, parsis y musulmanas), que ponen en evidencia el error de asociar la casta con la religión hindú. En este sentido la última parte del libro, dedicada a las relaciones entre casta y política, resulta especialmente iluminadora. No es posible equiparar la casta a la clase: «la casta es una fuerza adaptativa; una

forma de solidaridad y competencia capaz de acomodarse a un sinnúmero de contextos y absorber todo tipo de grupos y retener su identidad y particularismo». En este sentido, las castas no son una reliquia, «ni se oponen a la modernidad ni son una lacra que haya que ir capeando», sino que han mostrado una extraordinaria capacidad de adaptación a la democracia parlamentaria. Resulta fascinante cómo la casta puede ser reaccionaria y, al mismo tiempo, abrir vías de transformación social. La casta es un asunto religioso, heredera de jerarquías brahmánicas, y al mismo tiempo un asunto civil. Pániker muestra que la política india se ha vuelto más casteísta mientras la sociedad tiende hacia el clasicismo propio del capitalismo global. ¿Ha logrado el Estado indio armonizar los valores jerárquicos de la sociedad de castas con el igualitarismo e individualismo democrático? Ciertamente no, pero el proceso iniciado desde la independencia para incluir en el sistema a los más desfavorecidos resulta fascinante. Uno de los grandes aciertos del libro es precisamente mostrar como una democracia inclusivista y un sistema de discriminación positiva para grupos históricamente desfavorecidos (en la representación parlamentaria, la administración, la educación y el crédito), ha logrado que grupos que hasta la fecha habían quedado fuera del juego del poder (como las OBC) puedan ahora competir con las élites que históricamente dominaron el país. Toda una revolución desde la supuestamente reaccionaria casta.

